

**SERRANO, Eliseo y CRIADO, Jesús** (eds.) (2022). *Santos extravagantes, santos sin altar, mártires modernos*. Sílex: Madrid, 2022, 420 pp. ISBN: 978-84-1907-747-9.

La santidad es un tema nuclear en el complejo mundo de la Contrarreforma, con múltiples facetas y aristas. No es, en ningún caso, unívoco, ni siquiera en la conceptualización. A pesar de la larga tradición de la iglesia medieval en cuanto a los procedimientos para alcanzar la santidad oficial, la reforma protestante puso en jaque esa tradición que la Iglesia postridentina tuvo que depurar, redefinir, recrear y relanzar bajo los supuestos doctrinales definidos en Trento y los nuevos equilibrios políticos de la coyuntura Europa y global de la época moderna. Es significativo que entre 1523 y 1588 no se produjeran nuevas canonizaciones y que en esta última fecha se creara la Congregación para los Sagrados Ritos y Ceremonias, que debía estandarizar la liturgia y el rito y vigilar los procesos de canonización. Entre 1588 y 1767 se canonizaron cincuenta y cinco personas con una metodología más rigurosa y centralizada, particularmente tras los decretos de Urbano VIII. Como subraya Eliseo Serrano, esta mayor rigurosidad supuso el aumento constante a lo largo del siglo XVI del listado de santos que quedaron fuera del Breviario Romano.

Las quince colaboraciones que integran este volumen estudian de manera transversal esta problemática en los tres niveles descritos en el título, el de los santos extravagantes, el de los santos sin altar y el de los mártires modernos,

subrayando en este caso la relación entre martirio y santidad. El acercamiento es multidisciplinar, desde la historia, la literatura y la historia del arte.

Las preguntas que se responden en este libro son muy variadas. En el marco de los valores culturales e ideológicos de la Contrarreforma, ¿por qué no llegaron a los altares personas «que vivieron tan santamente» como Luisa de Carvajal, que llegó a ir a Inglaterra llevada por su celo misionero (María Leticia Sánchez Hernández)? ¿O el dominico aragonés Domingo Anadón, ejemplo de humildad en su oficio de portero y limosnero (Andrés Felici Castell)? ¿O Baltasar Gérard, asesino de Guillermo el Taciturno en 1584, condenado por ello, pero mártir ejemplar para el padre jesuita Pedro de Ribadeneira (Fernando Baños Vallejo)? De la multiplicación de estos candidatos frustrados al altar dan buena cuenta también los trabajos de José Luis Betrán), Pauline Renoux-Caron (estudiando los santos sin altar de la orden jerónima), o Juan Postigo y Eliseo Serrano, en sendos estudios sobre los santos extravagantes de Zaragoza y, más en general, de Aragón, a través del volumen tercero del *Flors Sanctorum* del padre Ribadeneira (1604).

José Luis Betrán analiza y compara dos recopilaciones hagiográficas catalanas, la del jesuita Pere Gil, *Vidas dels sants de Catalunya*, que formaba parte de una historia de Cataluña que sólo recientemente ha sido parcialmente publicada, y la del dominico Antoni Vicens Doménech, *Historia general de los santos y varones ilustres en santidad*

*del Principado de Cataluña* (1602). En ambos casos, encontramos dos partes diferenciadas: la relación de santos reconocidos por la Iglesia y el listado de hombres y mujeres ilustres en santidad, pero no canonizados. Para Betrán, a pesar de ser obras escritas antes de los decretos de Urbano VIII, ambos autores aplicaron los criterios de santidad tridentinos en su selección y en los requisitos de una elaboración metodológica más rigurosa en el uso de las fuentes y el rechazo de los elementos legendarios. El autor subraya las motivaciones político-religiosas de este tipo de recopilaciones hagiográficas: reafirmar la identidad católica de la comunidad local sobre los fundamentos de la fidelidad de la fe a la Iglesia, la santidad y virtud ejemplarizantes, los milagros y las visiones extraordinarias, el martirio y el relato heroico de la lucha contra la herejía.

Pauline Renoux-Caron ofrece un contrapunto excelente al abordar las complejas relaciones de la orden jerónima con la santidad, orden que sólo tiene un santo propio, fray Manuel Sanz Rodríguez, beatificado en 2013. No parece que la orden tuviera interés en entrar en la carrera por la santidad, como si tuvieron otras. A esta conclusión llega la autora tras analizar las dos grandes crónicas de la orden, la de fray Pedro de la Vega (1539) y la de fray José de Sigüenza (1600 y 1605), textos en los que abundan los relatos de vidas de santidad y ejemplaridad, pero siempre con un tono de reforma interior, de recuperación de las señas de identidad de la primera observancia. Y cuando la orden impulsó candidatos a los altares,

como el caso de sor María de Ajofrín (m.1489) y de fray Hernando de Talavera (m. 1507), la propuesta se frustró, muy probablemente por la polémica del estatuto de limpieza de sangre en el caso de la primera, y la beligerante oposición de la Inquisición en el caso del segundo.

En todos estos trabajos se pone en evidencia que el éxito o el fracaso dependió de la «calidad» de sus impulsores, de los recursos económicos necesarios para mantener los procesos abiertos en Roma, de la densidad de las devociones locales y regionales, de los complejos equilibrios de poder político y religioso y de los azares coyunturales de cada momento. Si hay un trabajo que ejemplifica bien esta afirmación es el magnífico estudio de Paolo Cozzo, en el que se traza el camino de santidad de unos inquisidores dominicos asesinados, presuntamente, por valdenses en el Piamonte a finales de la Edad Media. Considerados mártires, fueron venerados a nivel local, pero no pudieron superar en la Edad Moderna el procedimiento definido por Roma para alcanzar mayor reconocimiento oficial, hasta que a mediados del siglo XIX fueron beatificados por Pío IX en pleno *Risorgimento*, como toque de atención en el momento en que se estaban reconociendo los derechos civiles a protestantes (entre los que se habían integrados los valdenses) y judíos en el Piamonte. Como señala Cozzo, la beatificación se produjo en los mismos años que se proclamaba el dogma de la Inmaculada Concepción (1854) y se producían las apariciones de Lourdes (1858) rápidamente aprobadas por la Santa Sede. Frente al liberalismo y los

cambios de la época, Roma se rearmaba subrayando la importancia de la defensa de la fe, hasta el martirio si fuese necesario, y su poder intercesor en la tierra y el cielo.

Efectivamente, la muerte martirial fue también un elemento sustancial de muchos de los santos modernos, como muy bien explica Rosa M<sup>a</sup> Alabrús, tratando de los misioneros de las órdenes religiosas españolas en Asia, fundamentalmente Japón, en las primeras décadas del siglo XVII, o Juan Ramón Royo en un estudio de larga duración (ss. XVI-XIX) sobre los misioneros y mártires aragoneses en Asia y América, en el que su autor realiza un erudito estudio global que incluye la revisión bibliográfica sobre el tema, los instrumentos del desarrollo misionero de la Iglesia católica después de Trento, y el estudio de la acción de los religiosos aragoneses.

Todos los trabajos, desde diferentes perspectivas, abordan la cuestión de los modelos hagiográficos que surgen y se desarrollan en el mundo católico posttridentino. Estos modelos se configuraron a partir de la redacción de biografías y otra literatura hagiográfica, amén de retratos e imágenes con su simbología particular. Miguel Gotor traza muy bien la construcción de estos escritos en el caso de las biografías de san Camilo de Lelis, evidenciando la labor de acomodo de los hagiógrafos a los requisitos del orden católico romano, entre la censura y la autocensura. También Fernando Baños aborda la figura del soldado borgoñón Baltasar Gérard, antes mencionado, desde el análisis del relato hagiográfico

del padre Ribadeneira, que no lo califica abiertamente de mártir, pero lo inserta en un contexto de referencias que llevan al lector implícitamente a esa conclusión. El análisis se realiza contraponiendo los elementos del discurso de Ribadeneira a los de los relatos protestantes sobre el asesinato, juicio y ajusticiamiento de Gérard.

La relación entre imagen y santidad es fundamental y en este libro varios trabajos aportan investigaciones novedosas, en el enfoque y/o en el uso de fuentes poco exploradas hasta el momento. Jesús Criado subraya la importancia del retrato funerario vinculado a la exaltación de vidas ejemplares que conforman una suerte de santidad local, que dota de identidad a la comunidad a través de la memoria de la virtud, e, incluso, alienta proyectos políticos-religiosos que unen a la comunidad local, como la candidatura a la beatificación de uno de los casos que se exponen a partir de su retrato, el de Pedro Cerbuna (m. 1597). Andrea Felici recupera y comenta las imágenes (retratos y sepulcro) del dominico zaragozano Domingo Anadón, al que todavía se rinde culto local en Loscos, su pueblo. A pesar de la devoción del conde de Benavente, que encargó su sepulcro, o el interés del patriarca Ribera y los dominicos a principios del siglo XVII, que encargaron varios retratos a Francisco de Ribalta, Anadón no llegó a los altares. Rebeca Carretero, por su parte, a partir del análisis de los testimonios del proceso abierto en 1648 en Zaragoza para impulsar la beatificación del inquisidor Pedro de Arbués, asesinado en 1485 y considerado mártir por la Inquisición española,

demuestra la pervivencia en Aragón de la tradición hagiográfica de este inquisidor y el culto local. Resulta fascinante su análisis de los diversos testimonios entre los que destacan varios pintores locales que demuestran un acabado conocimiento de los símbolos hagiográficos del que todavía no era beato, pero ya conocía una destacada devoción popular desde los primeros años posteriores a su asesinato. El proceso es muy valioso porque se incorporó un conjunto de dibujos de la tumba de Arbués, hoy desmantelada, además de el del catafalco que se construía anualmente en su festividad. Finalmente, Juan Luis González García compara dos tratados pictóricos del siglo XVIII, el *Museo pictórico y escala ótica* de Antonio Palomino y Velasco (1715-24) y el *Pintor cristiano y erudito* de fray Juan Interián de Ayala (1730) analizando sus fuentes y temáticas, aunque prestando especial atención a cómo ambos autores se aproximan a la propuesta de figuración de los santos modernos, los canonizados después de Trento.

Jaime Elipe, gran conocedor de la familia Aragón, descendientes de Fernando el Católico a través de su hijo Alonso, arzobispo de Zaragoza, nos introduce en el análisis de las devociones familiares a través del estudio de los testamentos y las capillas funerarias. En este caso, aborda la devoción a santa María Magdalena entre los miembros de este linaje ofreciendo diversas explicaciones, complementarias, sobre esta cuestión: la importancia de este culto en la tradición medieval, el debate sobre las «Marías» de los Evangelios en autores cercanos a don Alonso de Aragón (Lulio,

pero también el humanista Lefèbvre d'Etaples) y, finalmente, con un fino análisis, la identificación personal de una mujer de la familia, doña Ana de Gurrea, con el arrepentimiento, la misericordia y la restauración del pecado, ejemplificado en María Magdalena, identificación que daría lugar a una tradición de devoción especialmente entre las mujeres del linaje. Por su parte, Juan Postigo se interroga sobre la presencia de los santos extravagantes entre las devociones familiares de los zaragozanos de la Edad Moderna. Para responder a esa pregunta trabaja sobre dos tipos de fuentes, inventarios de libros y de bienes. Ello le permite concluir, por un lado, que en Zaragoza fue más estimado el *Flos Sanctorum* de Alonso de Villegas que el del padre Ribadeneira; por otro, que de los cincuenta y seis santos extravagantes que relaciona Ribadeneira, un 37% tiene presencia en los hogares zaragozanos, vinculados a las devociones locales. De entre estos santos extravagantes, Postigo señala tres especialmente presentes: san Braulio obispo, santa Engracia con los dieciocho mártires y santa Isabel de Aragón o Portugal. Es precisamente de estos tres de los que se ocupa Eliseo Serrano en el capítulo final del libro, en el que se realiza un detallado estado de la cuestión sobre estos tres santos que no lograron ser incluidos en el breviario romano. En el texto, que aporta nuevas informaciones, se subraya el encaje del perfil de estos tres santos extravagantes con los énfasis de la santidad contrarreformista: el obispo reformador, comprometido con el ejercicio pastoral de cuidado y vigilancia de sus súbditos (san Braulio); la

santidad martirial, enraizada en la lucha de la iglesia primitiva frente a paganos y herejes (Santa Engracia); y, finalmente, la unión de santidad y autoridad política y religiosa (Santa Isabel de Portugal).

Escribía Peter Burke en 1984 que el estudio del culto a los santos es históricamente relevante porque «refleja los valores de la cultura que los ve con una luz heroica» y que debe estudiarse «como un proceso de interacción o ‘negociación’ entre el centro y la periferia, cada uno

con su propia definición de la situación». Nos encontramos ante un libro diverso en el que los diversos estudios reunidos corroboran la relevancia del tema y, sobre todo, las muchas perspectivas desde las que puede ser abordado para comprender más y mejor los valores de la cultura católica de la Contrarreforma en su proyección global.

Doris MORENO

*Universidad Autónoma de Barcelona*